



Concurso
de Cuentos

Julio Cortázar

Junto a
la Hornalla

Elena Garritani

(emch)^{*}
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Junto a
la **Hornalla**
y otros cuentos

ELENA GARRITANI

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Garritani, Elena Isabel

Junto a la hornalla : y otros cuentos / Elena Isabel Garritani. - 1a ed. - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2021.

28 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4427-14-4

1. Cuentos. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Directora de Educación: Profesora Francisca Mazzotta

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Coordinadora de Cultura y Turismo: María del Carmen Ruggirello

Septiembre 2021

Editorial Municipal Chivilcoy

Edición: Daniel Casas Salicone

Diseño y diagramación: Vanesa Vitale DG

Disponibile su versión digital en: www.editorial.archivoliterariochivilcoy.com

Impreso en el mes de septiembre de 2021

en la imprenta Rossetti 15, de Gabriel Sosa, en Chivilcoy, Buenos Aires, Argentina

TENGO SIETE HIJAS

Mi primera hija es demasiado buena, para mi gusto. Su piel blanca, su mirada cordial y su sonrisa espontánea confirman lo que digo. No es hermosa, es linda. Se viste a la moda, entonces, se destaca. Es una chica de esta época. Viene contenta de la casa de la abuela, de salir con sus amigas, del colegio. Nunca se queja de mis comidas y acepta mis sanciones con paciencia. El bien está en su naturaleza. Sus amigas tienen su estilo, actúan con rectitud y seriedad. Aunque no dejan de divertirse, cumplen con el estudio y sus familias. Salen con chicos, van bailar, tienen novios, pero no porque quieran casarse pronto. Eso les parece una antigüedad. Cuando no está rodeada, maquillándose o planeando reuniones, mi hija evidencia su soledad. Un dejo amargo, un silencio turbio, se dibujan como líneas sobre su piel. Tengo el palpito de que no alcanza a distinguir ciertos sentimientos, la perversidad, la astucia, la hipocresía; o será que los conoce demasiado. Prefiero creer que es amable por naturaleza, aunque, pensando mejor, sería conveniente que reconociera la maldad. Hay que tener garras para defenderse en estas épocas. Ninguna como ella me crea tantas expectativas sobre su felicidad en el futuro.

Mi segunda hija es muy hábil para hablar, para moverse, es atractiva e independiente, la seducción está en su naturaleza. Tiene muchas amigas. Todas quieren estar a su lado. De pronto, deja su afabilidad por algo que le resultó molesto y muestra su costado soberbio, displicente. Se pone tan áspera que dan ganas de alejarse, y más de una amiga se ha ido llorando. Luego vuelven, porque ella sabe hablarles y se hace escuchar. Le gusta la política, yo la veo ejerciendo el poder, aunque tendría que templar su carácter. Su voz es suave, atenuada, pero cuando se saca de sí imparte órdenes con alto tono, sentencia. Manda. Da ganas de huir, de no escucharla. Parece una soprano capaz de romper con su estridencia, vidrios, cristales, platos. Se enoja conmigo cuando le levanto la voz o me olvido de una fecha, un regalo especial, un detalle, y me hace sentir como si a mí no me importara la sensibilidad del otro. Si bien sus actitudes al-

taneras me duelen mucho, puedo tolerar sus retos y perdonarla infinitas veces, en mi interior, para que siempre me tenga en cuenta. Dolida, le digo sin ofenderla, le pregunto: ¿por qué se fue tan mal tu amiga?

Mi tercera hija es una atleta. Ha desarrollado su cuerpo gracias a la constancia con que se ha entrenado en el deporte. Nada, corre, practica tenis y natación. Su destreza física se manifiesta en la forma de ayudarme en la casa. Siempre está lista para el movimiento. Es raro verla recostada en un sillón con la mirada hacia el techo o ensoñada al ritmo de una melodía, de una canción. Su cuerpo impone respeto, pero su voz infantil lo contradice. Cuando habla parece una niña pequeña, busca mi cobijo como si necesitara defensa. Cuando mira una película de terror, me pide que me quede junto a ella. Tampoco le gusta dormir a oscuras; deja una pequeña lucecita encendida. Tiene pocas amigas. Prefiere a los chicos, como si confiara más en ellos. Me molesta bastante esa contradicción entre su aspecto corpulento y su voz de criatura. A veces me enojo y no lo puedo disimular; ella sufre como si le exigiera un imposible. Me pregunto si cambiará. Me inquieta la paradoja de su naturaleza.

Mi cuarta hija es inteligente. Tuvo el mejor promedio en la escuela secundaria, cuando afirmaba que se convertiría en arquitecta o médica, que se dedicaría seriamente a los estudios. Todos confiábamos en ella. Un año le bastó para considerar que no haría estudios universitarios. Le gusta estar en contacto con la gente y no encerrada estudiando. Encontró trabajo. Vende zapatos, carteras y otros accesorios en un negocio del Once. Barre la vereda, limpia vidrios, hace trámites bancarios. Los patrones están contentos porque les rinde nueve o hasta diez horas por día. Proyectan que, de seguir así, en poco tiempo la nombrarán supervisora. Agotada, con ojeras, pero contenta y sin protestar, va y viene. Le pregunto discretamente: “¿Cuándo ingresarás a la Universidad?”. “Sos tan inteligente”, le digo. Me contesta: “Cómo podría sumergirme en libros inmensos, pasar por exámenes, por la avidez de un título, siendo tan hermoso aprender la vida en el negocio, en la calle y con la gente”. Me callo y sufro. Nadie lo nota, pero yo, su madre, veo que se está volviendo tosca, su lenguaje se ha empobrecido y sus relaciones son vulgares. Me dijo que

le gustaría entrar en el gremio y luchar por los derechos del trabajador de comercio. Le recuerdo, con cautela, la importancia de la universidad, los títulos y los buenos sueldos. Me mira enigmática y ajena. Cuido de su descanso y de su salud, con paciencia, no quisiera que se enferme y no pueda ir a su trabajo. No toleraría el encierro.

Mi quinta hija es muy observadora. Observa su alrededor en silencio, como si se sintiera asustada. A veces, sus hermanas le dicen: “Habla. ¿Qué pensás?”. Con unas pocas palabras da su opinión y vuelve al silencio. Nosotros ya estamos acostumbrados, pero cuando viene alguien de afuera se pone incómodo. Yo hablo para disimular. Su mirada huraña, intimida, aleja. Entonces, la excluyen, la ignoran. Ella se siente dejada de lado. Opina que no la tienen en cuenta o que pasa inadvertida. Se mira mucho al espejo. Por la calle o en los colectivos, se siente libre, suaviza su mirada. Pero si entramos a una confitería, vuelve a su actitud habitual, se siente observada. Le gusta dibujar y afirma que así se ganará la vida. Trabajaré en su estudio y luego entregará los trabajos. Lo dice, sí, pero no con el ímpetu necesario como para creerle que lo hará por sus medios, con vocación. Me preocupa esta hija. Cómo explicarle que nadie la juzga, que es ella misma la que predispone mal al otro. Conmigo se porta como una niña. Yo la resguardo, hasta que afirme su carácter.

Mi sexta hija es práctica, le gusta la música, la astronomía y la ciencia. Habla desde categorías universales: “Los hombres son más reservados”, “Las mujeres recurren al llanto cuando se sienten perdidas”, “Un buen desayuno es importante para estar bien”. “Los artistas son gente egoísta”, “El invierno es triste”. Mis otras hijas y yo le replicamos que eso depende de cada uno y que no siempre es así. Las generalidades sirven para ordenar el pensamiento, pero hay que hablar de cada persona y su situación, en particular. A veces discute conmigo y sus hermanas. Nos contesta con argumentos rígidos, no nos escucha en profundidad. Ama la música. Con ciertas canciones, sus ojos lagrimean. Me emociona. Parece que algo muy íntimo, doloroso y a la vez plácido, la llevara hacia un lugar misterioso y reservado. Las noches de verano, nos reunimos en el patio. A sus anchas, ella nos habla de astronomía, señala estrellas, constelaciones,

dibuja con sus manos el movimiento de los astros, aclara el origen de los nombres. Cuando me siento enferma y tengo miedo, cuando me siento frágil, solo su presencia y sus verdades universales me tranquilizan. Ninguna hija podría ocupar este lugar, únicamente ella puede.

Mi séptima hija es primordialmente intuitiva. Se sabe manejar hábilmente con gente de toda condición, cualquiera sea el sexo, la edad o la pertenencia social. Obtuvo su diploma, trabaja y vive de su profesión. Pero sus ambiciones no están a la altura de su capacidad y conocimiento. Desea casarse, tener hijos, ser maestra. Tan solo por su belleza, su proyecto resulta modesto. Es comprensiva con los demás, con el diferente. “No todos somos iguales, el otro tiene otra historia, otros hábitos”, expresa con buenos argumentos; aunque no siempre son sostenibles. Su sensibilidad es extrema. Parece frágil, tiene voz dulce, pero es fuerte. A veces se guarda el dolor que siente cuando más debiera expresarlo. Precocemente tuvo conciencia de la contingencia del ser humano y del absurdo de la existencia; lo supe por su diario íntimo. Lo dejó abierto, sé que no debí leerlo.

A pesar de eso, se plantea metas y lucha con tenacidad para realizarlas. Fue por ella que descubrí el desamparo que tendrán mis hijas, todas, cuando yo, su madre, no pueda abrigo a ellas.

Estas son mis siete hijas.

ÁGATHA CHRISTIE

El mes pasado, se encontraron en Diamante dos adolescentes colgadas de la viga de una glorieta de la plaza Moreno, y este mes, un jubilado y una chica embarazada, de la mampostería de una obra en construcción abandonada. Se infirió que se trataba de suicidios. Una gran conmoción estremeció a todos, en la ciudad no se hablaba de otra cosa. Algunos se inclinaron a pensar que las condiciones económicas y laborales del país propiciaban actos desesperados. Por radio y televisión se dijo que cuando ocurre un suicidio, luego suceden otros por efecto dominó. Profesionales, médicos y psicólogos replicaron que el suicidio es multicausal; aunque en la actualidad, la depresión y la falta de proyectos de los jóvenes tienen un peso considerable. Se inauguró un debate en diarios y revistas, pero en poco tiempo perdió interés. Diamante era una localidad tranquila, se vivía en paz; ahora dejó de serlo. Drogas, suicidios, crímenes, se fueron extendiendo de modo imperceptible, al principio, y más llamativo, después. Hay gente que se alcoholiza, roba, mata; lo sabemos. Se dice que son unos negros de mierda, drogados y sin familia; pero en casa de gente con buena reputación también suceden cosas así. Se estimó que tal vez fueran raros, maricones, personas que no tienen valores. Yo sigo de cerca las noticias, hago anotaciones, quiero saber qué está pasando en mi ciudad y, creo, que hay algo más que indagar. Cada tanto veo a Agatha Christie por la calle Pellegrini, mirando vidrieras o haciendo compras. Camina por Diamante, siempre igual desde su viudez, y antes de su viudez, impávida y cornuda. Me gustaría preguntarle cómo se investiga un crimen, qué hay detrás de un suicidio, cómo saber quién puede matar, cómo se llega al culpable, pero me resulta imposible abordarla. Ella camina como si no viera a nadie. Podría empezar preguntándole si conoce un negocio o el nombre de alguna calle. La cosa es dar el primer paso, pero ella me intimida. Y si fallo una vez, lo arruino todo. Nunca pude encontrarme con sus ojos: aunque no lleva lentes oscuros, rehúye con habilidad mi mirada. Vive en esta ciudad, quizás haya nacido aquí. La conocí hace ocho años,

fue en un kiosco; compraba una revista. Me llamó la atención y, desde ese entonces, la observo. Supe que su esposo tenía una amante; era empresario. Ella no hacía escándalo, aunque se rumoreaba que los celos la carcomían y que por orgullo los disimulaba. Se dijo que había buscado vengarse, pero estuvieron siempre juntos, sin alboroto. Él caminaba con ella por la ciudad y también se mostraba con su amante. Murió de golpe, fue del corazón. Aparentemente no estaba enfermo, fue repentino. En el velorio, las dos mujeres, esposa y amante, miraban al muerto, una frente a la otra, inclinadas, apoyadas, sobre el cajón. La amante, joven y bella, lloraba. Ághata permanecía en silencio, fugada y en pie ante el difunto, sin dirigirle ni una sola palabra o una mirada a la otra. Los concurrentes no sabían a quién saludar primero. Algunos se decidían por la amante, otros por la esposa, como indica el protocolo.

Para mí el verdadero misterio era su voz, nunca la escuché. Cada tanto, ambas viajamos en la misma combi. Ella se sienta, paga, toma un café en el parador; siempre con gestos sencillos, ademanes sobrios, pausas moderadas. Cuando la dejan en la puerta de su edificio, desciende y saluda con imperceptible movimiento de cabeza, sin articular palabra. Yo daba por sentado que no era muda, que no tenía deteriorado ningún órgano: su aspecto era saludable. De ese silencio calmo, inexpresivo, venía el misterio que emanaba. No necesitaba de la voz del otro. O tal vez ella sabía muy bien que la voz delata, confiesa, pide clemencia, tiembla, se acusa. Impertérrita, limpia como su piel, vergonzosa como las mejillas de una monja con ideas trastornadas. Con la viudez había recobrado el rosado pudoroso de la soltería. Era la dueña de todos los crímenes sin resolver, presentes y futuros. Ághata, insulsa, blanca como un papel, con bajo tono muscular, aunque erguida, jamás fue averiguada, mientras muchos en Diamante fuimos sospechosos, perseguidos, censurados, citados por la policía y el Juzgado de Paz. Tal vez su voz sea débil: una voz de lengua cortada, penosa, de filamentos rotos. Aunque esto se reflejaría en su rostro, denotaría dolor, angustia, rabia. No, su cara no mostraba dolor. Sus gestos no hablaban, no se dejaban leer: con casi sesenta años, no tenía arrugas ni vestigios de angustia o soledad. Asocié que fue para

la época en que la conocí, cuando Diamante empezó a cambiar. La gente cerraba sus casas con llave, ya no salía por la noche y desconfiaba del vecino. Cosas extrañas para mi ciudad. Con ella, llegaron las muertes. Diez bolivianos murieron de distintas maneras en un mes, uno tras otro: dos ahogados, tres en accidente de autos, un desempleado colgado de una viga, una mujer recibió diez puñaladas, un finalista de la maratón de reyes se abrió el corazón en su zaguán y dos mujeres murieron de asfixia en un taller clandestino de los suburbios. Estos hechos dieron lugar a comentarios xenófobos, algunos obvios: “son gente que vive borracha”, “vienen de otro país, que se jodan”, “accidentes ocurren siempre”, “no sé qué quieren cambiar”. Trascendió del ámbito local al resto del país. Diamante fue tapa de diarios de la Capital y salió en la televisión. Vinieron periodistas de diarios nacionales. La prensa se ocupó un tiempo y luego todo quedó en conjeturas. Llegué a pensar que el poder de Ághata está en el pensamiento. Lo que piensa, sucede. O tal vez sea la inteligencia secreta de una mafia. Ella sabe de estas cosas y no habla, no se presenta ante la justicia, pasa inadvertida en los círculos sociales. Tal vez sea un títere de poderes oscuros o de una ficción que le dicta el inconsciente y ella ejecuta. Seguramente concilia el sueño con esa musiquita de los diez negritos, tranquila como una criatura sin cargo de conciencia. Mientras yo me estoy desmoronando, envejeciendo. Impotente, por no poder sacudirla hasta que se digne a romper el silencio. Aunque no me resigno. Ella se aburre y no lo demuestra: quisiera hablarme, contarme los motivos de tanta muerte, pero se resguarda. Debe leer hasta altas horas y dormirse con la canción de los diez negritos, como una niña grande, gorda y sin culpa.

CECILIA

Entró al aula y de inmediato cesó el bullicio. La maestra nos hizo poner de pie junto al pupitre y saludar a la directora del colegio. Después dijo “síentense” y esperó que el silencio fuera total. La directora intercambió unas palabras con la maestra, antes de hablarnos. Y casi sin preámbulos, en forma severa aunque dulce y persuasiva, dijo que nuestra compañera Cecilia estaba con un problema de salud, motivo de su ausencia en ese bimestre. Con una sonrisa poco frecuente, nos pidió que durante el fin de semana la visitáramos, porque ella nos extrañaba y estaba enferma. Agregó “hay que visitar a los enfermos, llevarles alegría”. Concretó que lo hiciéramos en forma ordenada: sus padres nos harían entrar de a dos, para que la niña no se agitara. Cuando se retiró del aula, lentamente creció el bullicio, encaminándose al griterío. La señorita Julia nos llamó al orden y dio las tareas para el día siguiente. Luego, agradable, serena, nos recordó la bondad, los buenos sentimientos y acciones que harían de nosotros personas nobles en el futuro. Sonó el timbre de la última hora y salimos cuchicheando sobre cómo y en qué horarios iríamos a verla –fue la primera vez que nos organizamos para reunirnos fuera del colegio–. El sábado, a las cuatro de la tarde, la mayoría estaba en la puerta de la casa de Cecilia Gerli. Era otoño, y el sol, tan lento como los panaderos que soplabamos en el aire. Entramos de a dos, fui una de las primeras. Cecilia estaba muy pálida, amarillenta. Sus ojos se movían ávidos, aunque sus gestos eran livianos, incorpóreos. Parecía apretada en su cama de madera oscura. Estremecida, me acerqué, cambiamos unas palabras cariñosas o tal vez gestos recién nacidos; le di un beso, le acaricié suavemente el rostro. Al salir, me sonrojé: no me había gustado besarla; tal vez por su mirada vidriosa, extraña, o tal vez por haber cumplido con docilidad el pedido de la directora. Durante la cena, mamá pidió que le cuente cómo estaba Cecilia. No quería traerla a la memoria, pero lo hice. Ella y papá me escucharon muy atentos, como cuando hablan con gente grande y se ponen ceremoniosos. Esa noche, me desperté agitada por un

sueño del que no podía salir. Tanteaba y no hacía pie; algo iba a tragarme: el asfalto, una ciénaga, un pozo. Pasaron unas semanas y la maestra nos pidió que el sábado por la tarde estuviéramos en la puerta de la escuela, con el guardapolvo blanco planchado, prolijo, para despedir a nuestra compañera. “Cecilia ha muerto”, dijo con voz grave y profunda. Un golpe de silencio nos clavó en el pupitre. Estuvimos puntuales, el sol era radiante, vimos pasar el coche fúnebre llevando una cajita de madera blanca; había que saludarla. Nuestras manos vacilantes se movieron de un lado al otro, lentamente, como saludan las princesas desde sus carrozas en carnaval. La gente grande la despedía con pañuelos apretados en llanto, los ojos enrojecidos. El lunes nadie faltó a clase. La maestra dijo que Cecilia estaría siempre en nuestro corazón, como un ángel que nos mira desde el cielo y nos protege. Hubo sollozos, risitas nerviosas, lágrimas y el llanto desconsolado de las exageradas. Nos dio un tiempo prudente para aliviarnos, luego dijo “abran los cuadernos; hay que repasar las tablas y prestar atención a la ortografía”. Yo no creí que fuera un ángel; era una niña sin aire, sola, en una cajita blanca. Rumiando estas ideas me distraje, la señorita Julia me llamó la atención, no levanté más la vista del cuaderno. Poco a poco volvieron a mi cabeza las tablas, las palabras con ce o zeta, que siempre me costaron, el ocho por tres, el nueve por cuatro, las cuentas de dividir, el cero por toda la cantidad, cero.

MONSTRUO

Monstruo, 1607, antes mostro, h 1250. Tom. Del bajo latín monstruum, alteración del latín monstrum id, propte. “prodigio” (que parece ser derivado de monere “avisar”, por la creencia de que los prodigios eran amonestaciones divinas).

A veces pasaban días, semanas, meses, sin que me acordara de él, aunque tengo la certeza de que siempre estuvo con nosotros: agazapado, amenazador, torvo, dañino. Fue después de la muerte de la abuela cuando empezó a revelarse como un monstruo capaz de destruirme. Yo tenía ocho años entonces y nunca imaginé el modo en que pudiera hacerlo. Miento, imaginé varios modos, me da pudor, pero diré cuáles: una planta carnívora que entraba por la ventana, una anguila que se deslizaba por mi cuerpo y lo envolvía.

Cuando vivía la abuela, ella nos contaba cuentos antes de dormir, reíamos con sus refranes, con las canciones españolas de su aldea, con sus ocurrencias. Había nacido en León, España, y había luchado mucho en la vida, con fervor y alegría. Mamá era feliz en aquella época. La familia era feliz. Fue después de la muerte de la abuela que mamá cambió; la desbordó la tristeza, la inquietud. La unía un lazo muy particular con ella, más cómplice que el que tenía con papá.

El monstruo empezó a manifestar su presencia de un modo reiterado, ostensible, implacable. Dejaba rastros. Con mis hermanos no hablábamos de la amenaza que nos acechaba; pero estuvimos tácitamente de acuerdo en tomar medidas de precaución. Ellos no se descuidaban: los he visto examinar minuciosamente los cuartos, constatar debajo de las camas, observar rincones apartados. Aunque si nos preguntaban qué hacíamos, la repuesta era invariable: buscábamos cuadernos, juguetes, ropa. Esa era nuestra divisa. Decidimos mantener nuestro secreto, papá y mamá estarían a salvo con nuestra estrategia.

Desconozco su aspecto, nunca lo he visto, pero supongo que debe

ser horrible, porque así se hace sentir. Su respirar mudo, entrecortado, su rumor inaudible, ese deslizarse silencioso, sagaz.

Mamá, se fatigaba con la limpieza, las compras, las comidas y con nuestro bullicio. Al terminar el día nos daba un beso triste y se acostaba. Papá volvía tarde por las noches, trabajaba mucho, y no era justo molestarlo; se enfrascaba en la lectura o escuchar música, parecía lejano.

Yo, antes de acostarme o cuando me quedaba sola, revisaba los roperos, las mesas de luz, las vitrinas, ponía la traba a puertas y ventanas. Me aseguraba, mis hermanos también. Hay que cerciorarse, no sea cosa que ocurra alguna desgracia. No vaya a ser que por un olvido, por una mínima distracción, se presente a la vista de todos, tal como es.

DESPUÉS DE LA PRIMERA MUERTE YA NO HAY OTRA

Se respiraba un aire enrarecido, la casa tenía olor de abuela enferma. Su batón parecía adelgazar en la percha y oscilaba en el aire, vacío. Mamá volaba de aquí para allá, atendiendo las comidas, el aseo de la ropa y, con dedicación infinita, a la abuela. Se nos prohibió traer amigas: el bullicio molestaba. Mis hermanos y yo jugábamos en silencio; de pronto, un “bajen la voz” nos volvía a la realidad y, a veces, nos tentábamos de risa. Luis, el mayor, se retraía en su pieza. Tenía catorce años. Mi hermana gemela y yo, ocho. Mi padre se quedaba al margen, para no incomodar. Mamá poseía el cetro de la casa y el porte de quien nunca descuidará a su madre. La abuela con su breve sonrisa era maravillosa, aun postrada. Sus quejidos llegaban sin fuerzas; se consumía. La congoja venía de la máquina de coser, de los armarios, del reloj, de los espejos. El leve bamboleo del batón se insinuaba majestuoso y exiguo. Durante el día, la habitación se mantenía a media luz. Mamá dormía a su lado. Por la noche, las sombras de los cuerpos se alargaban formando una cúpula espectral en el techo. Los tíos la visitaban con mucha frecuencia; sus caras compungidas. Al entrar a la pieza sonreían, fingían. El Sr. Agustín y la Sra. Cayetana, amigos de la abuela, también inmigrantes, vinieron a verla un par de veces. La abuela había sido muy generosa con ellos. El señor Agustín tenía ojos claros y llorosos; como si lágrimas retenidas estuvieran siempre a punto de brotar, aunque riera. Expresaba mucho amor por la abuela. Mamá reiteraba con orgullo que la abuela no se había vuelto a casar después de su viudez temprana. La Sra. Cayetana tenía olor a sudor, a cebolla y ajíes fritos, como si siempre estuviera cocinando. Prolija y con ropa de salir, aún olía a cocina. Me molestaba, me turbaba los sentidos, hacía que pensara en otra cosa. Sus hijas nos decían primas y eran buenas. En su casa había un pequeño huerto con cultivos y gallinas; alegre como un día de sol. No volvimos a verlo sino muchos años después. La escuela era una pesadilla. Las maestras nos retaban: las tareas incompletas, los cuadernos

desprolijos, la distracción. Mamá les habló del momento que estábamos pasando. Mejoraron el trato, aunque mi hermana por poco no repitió el grado y yo tuve muy bajas calificaciones. No podían pensar que en nuestra casa se había cambiado el ritmo y que el clima ahora era doliente, apesadumbrado.

En la mañana fría del veintiuno de agosto, mamá nos abrazó y nos dijo: “La abuelita murió, vayan a despedirse con un beso en la frente”. La besé. No, no la besé a ella; rocé un rostro pálido, afilado, frío, que no era el de ella. Llantos, abrazos y palmadas entre familiares, amigos y vecinos. La casa llena de gente. Mi hermano mayor estaba serio, nosotras confundidas; eso creo. A los ocho años, la muerte vista así de cerca transfigura la escena, la vuelve irreal. Se mete en el interior del cuerpo en forma difusa, para alzarse con el tiempo en una amenaza esbozada, constante, imperturbable. Fuimos con papá a la casa de mis tíos en Morón. El volvió para acompañar a mamá. Nosotros quedamos a cargo de la tía María; solterona y buena como un ángel. La casa de los tíos, siempre limpia y ordenada, tenía un esplendor aséptico; quizá porque el consultorio funcionaba en la casa, ellos eran médicos. Mi primo Eduardo se hizo el loco, no quería ir a la escuela y amenazó a la tía con rodar por la tierra para teñir de negro el guardapolvo. “Estaba de luto”, decía, muerto de risa. La tía se enojó, pero con buenas maneras y poniéndose firme, lo llevó a la escuela. Después de su regreso, jugamos, vimos televisión. Aunque hacía frío, caminamos por el jardín y por el largo terreno que se extendía hasta el gallinero. Los primos estaban contentos de que estuviéramos allí. La tía dispuso que Eduardo y nosotras fuéramos a comprar alfajores. Mi hermano se quedó con Carlitos, el menor de los primos. Tenía solo cuatro años y lloró hasta que volvimos, pero se consoló con los alfajores. Después de la cena, la tía nos dijo, cariñosamente: “A la cama”. Mis hermanos y yo dormiríamos en el cuarto matrimonial, ordenado, impecable; las sábanas rígidas sin arrugas, como en una película. Así no era la cama grande en mi casa, aunque estuviera recién hecha. Además, la usábamos de sillón. Regresaríamos con mamá al mediodía, después del velorio. La palabra velorio suena linda, roza con ilusorio, abalorio, es musical, se

me cruzó por la cabeza. Las sábanas estaban frías, nos estrechamos para dormir; nos costaba. La luna se filtraba por el amplio ventanal. Vi tristes los ojos de mi hermano, vi sus lágrimas, vi el dolor. Bajo las frazadas, nos tomamos de la mano. De golpe, huérfanos. La mañana fue interminable, gris, hasta que llegó papá y volvimos a casa. Allí, las habitaciones conservaban olor a remedio y parecían vaciadas de intimidad. Ese fin de año no hubo alegría en las fiestas. De la tristeza de mamá no me queda más que alguna imagen borrosa de su llanto, que no dejaba ver, ni oír su gran desconsuelo. De la tristeza de mi hermano me quedó su forma de darme consuelo cuando me veía triste o me dolía la panza. Llegó el verano y nos permitieron jugar en la calle con las chicas del barrio. El comienzo de la aventura, de la complicidad, del riesgo. Nos corrían los perros, tocábamos timbres. Intercambiábamos figuritas hasta el atardecer. Por distracción, alguna vez cruzábamos la calle sin mirar. Algunos vecinos se enojaban. El barrio se extendía, explorábamos lugares, rincones, desconocidos. A mamá le decían que éramos muy traviesas, unas diablitas; eso le decían. Puso un límite a nuestras salidas, que nos ingeniábamos para transgredir. Desobedecíamos, nos tentábamos de risa, contábamos historias de terror, de fantasmas, de brujerías. El miedo era picante como un caramelo de menta. Salíamos y entrábamos de casa como si tuviera una puerta giratoria. Mi hermano ya se juntaba con muchachos de su edad, se hizo grande. Integraba la barra de la esquina. Miraban a las chicas, fumaban, se vestían a la moda. La muerte de la abuela se pliega hacia la niñez y se abre hacia el aire de la época como un abanico agitado por nuevos vientos.

GLORIA SALAS

No me alejaba de ella porque fuera fea y hosca. Todas las chicas lo hacían, duele decirlo. Intenté acercarme muchas veces. Le tocaba el hombro para pedirle un lápiz, los deberes o alguna mención de la maestra que no había oído. Cuando giraba la cabeza hacia mi pupitre, su aliento inundaba mi aire, lo saturaba. No sé si podía disfrazar mi rechazo. Mientras conversábamos, yo apretaba la nariz para no sentirlo, disimulando mi malestar. Aunque decir que conversábamos es exagerado. Ella contestaba a mis preguntas y luego se enfrascaba de prisa en sus cuadernos. Deseaba hablarle más largamente, pero no encontraba el momento. ¿Se daría cuenta de algún gesto ambiguo de mi parte?, ¿o no le interesaría? Hubiera querido preguntarle por qué escribía en el pupitre la fecha de su nacimiento y de su muerte, a qué jugaba en su casa, cómo eran sus padres, pero tenía miedo. La mirada que llegaba refractada por el vidrio de sus anteojos era pura indiferencia, orgullo o rencor. Humildad, tal vez. Probablemente, una mezcla de estos sentimientos le proporcionaba una forma extraña de felicidad; aunque se la veía tan sola. Si le hacía un guiño en el recreo para que se sumara al juego, no se daba por aludida. Gloria Salas estaba fuera del planeta de guardapolvos blancos, risas, correrías, gritos y nimiedades. Le conté a mamá que Gloria Salas era tímida, que hablaba poco y que su aliento me producía rechazo. Ella me explicó que tal vez no se cepillara bien los dientes o quizá fuera algún problema estomacal; es común que estos problemas se curen con tratamiento. Me dijo que no dejara de acercarme, de hablarle. “Va a cambiar con el tiempo”, agregó. Con respecto al otro tema, mamá dijo: “Nadie en este mundo sabe la fecha de su muerte, solo Dios decide nuestros pasos sobre la tierra”.

Mamá se equivocaba. Gloria Salas lo sabía.

MICROPLACER

Es como una uvita dentro de la piel. Al principio, me dolió. Está en el borde interno del párpado derecho: duro, consistente, pequeñito. Un puntito. El médico me recetó unas gotas y aconsejó que lo frotara suavemente con el dedo hasta que supure. Aunque puede desaparecer sin que lo note, dijo. Lo hice durante días. Se redujo. No supura ni duele. Tampoco es para operar. Confieso que frotarlo con el dedo me produce placer, ocupa mi tiempo, me entretiene. Tengo cierto temor, ¿si de golpe estallara o se disolviera, podría sustituir este deleite tan silencioso, tan inofensivo, tan mío?

EL OCTAVO PASAJERO

–Siempre está latiendo de un modo imperceptible el octavo pasajero. Usted no quiere percibirlo y yo no lo voy a forzar. A veces, amigo, es en su rodilla donde se aloja. Le gustan las rótulas, las cervicales, úteros y testículos, el sacro, el hueso poplíteo, las axilas, el esternón. El octavo pasajero no se trasmite como el Sida, ni la sífilis, ni la gripe. Cada uno tiene características que hacen posible o no su crecimiento.

–Dígame... ¿Es la melancolía? ¿La nostalgia?

–No, querido.

– ¡La ira!

–No.

–¿Los pecados capitales?

–No.

–¿Usted es adivina o está jugando conmigo? ¿Se está mofando?

–No, es su pathos. Es decir, su ontología sebácea.

–¿Qué...? ¿Lo dice en serio?

–Se lo digo con absoluta convicción. Mírese al espejo y vea. Desnúdese y vea. Ahora está latiendo como un corazón, pero no en el lugar del corazón.

El hombre se desnuda y no lo ve. Pide perdón, y se atormenta por no ver lo que ya pugnaba por salir. Brotaba de su lacrimal izquierdo. Salado como una lágrima, feo como un sapo y viscoso como una medusa. Rodó como una masa informe al caer, y se fue por una rejilla del piso. Ella la clausuró de inmediato, para no verlo más. Radiante e impaciente, se acercó a él:

–Ahora que lo ha expulsado, hagamos el amor.

–No, ahora no. ¿Qué soy yo sin mi octavo pasajero?

–Una nada. Es como yo, una nada.

–¿Usted no tiene ontología sebácea?

–Tenía, pero la vomité en un pasmo de bulimia.

–¿En un pasmo de bulimia?!

–Sí, la vomité junto a padres, abuelos, hermanos y otras patrias.
–¿Sufrió?
– ¡Uuuhhh!... A la larga, fue un alivio.
–Entonces, ¿yo estoy aliviado?
– ¡Claro! Y además... si hiciera el amor conmigo, quedaría como nuevo.
–¿Nuevo o renovado?
–Bueno, esto no es un milagro: nadie nace dos veces. Pero, esto sí: no se sentirá castrado, perturbado o soliviantado, como lo han dejado hasta ahora, por lo que veo, todas las mujeres.
Él la abrazó, la desnudó, la acarició. Ella colaboró con entusiasmo. Se poseyeron loca y ciegamente. Ese pobre ser sin ontología gozó desasido de todo lazo, como un barrilete sin piolín. Y solo quedó la cáscara de un hombre.

LAS MIL Y UNA NOCHE

Ese señor no tenía nada que ver conmigo. A mi gusto, era viejo, insulso; y aunque compartíamos cierto interés por la sociología, él era un hombre de otra época. Invitó a una cena en su casa al grupo de estudios de emprendimientos cooperativos al que ambos pertenecíamos. Vi algunas fotos mías, cortadas de revistas del CES (Centro de estudios sociales), en su escritorio, enmarcadas y exhibidas con cierta estrategia. O sea, visible al ojo de cualquiera, de su familia, de su esposa. Sentí bronca. Se lo dije. Me puso más de una vez en situaciones incómodas. El día de mi último cumpleaños me llegó por delivery un ramo espectacular de flores rojas y amarillas. Las coloqué en un florero, sin emoción. Las amigas que me saludaron no dejaban de exclamar: ¡¿Quién te regaló ese ramo?! No era un ramo inocente, delataba intenciones. Soy una mujer casada; y aunque mi esposo sabe que los compañeros del CES son generosos, me provocó una situación de incomodidad.

Llegaba distraída de la calle, era un mediodía de sol, y pisé un sobre en el zaguán, con el remitente de China. Él estaba de paseo allí. La carta manuscrita contenía un poema, me quise morir. Expresaba su deseo de compartir conmigo las maravillas que estaba viendo. La leí y la archivé. Un atardecer desabrido le di el gusto de tomar un café en “Café Bagdad”, un lugar fino, en el que intelectuales, artistas, gente de teatro, se encuentran sin citarse. Él había salido de su casa en un taxi, dando una explicación a medias, para que su esposa no quisiera acompañarlo. Me le contó y sentí vergüenza. Los sábados antes del mediodía llamaba y rogaba verme unos minutos. Decía “ya estoy en la puerta”, y lo hacía pasar; me regalaba un libro o un apunte que pudiera interesarme. Cuando me trajo de regalo una billetera y una pulsera de plata, decidí cortar sus avances. Puse distancia.

El extendido y comentado apagón de luz general en el Barrio Agüero, me tomó de regreso a mi casa, cerca de su departamento. Me asusté mucho y llamé a su puerta. Él abrió enseguida, me invitó a sentarme en

la sala. Intercambiamos formalidades. Le aclaré que no bien hubiera luz, me iría. Una sonrisa de felicidad mezquina se dibujó en su cara. La luz tardaba en volver. La ansiedad me generó angustia, la noche era oscura. Luego de un tiempo, que se me hizo largo, el señor le encargó comida y bebida a su ayudante. Accedí a pasar a su dormitorio, grande, con cortinas espesas y sillones bajos. Tras la puerta doble de vidrios cincelados de la habitación, percibí que se movía gente, algunas sombras. Pidió la cena. Comí y bebí con avidez, él lo hizo en forma espaciosa. Me ganó un estado de lasitud y sueño en todo el cuerpo. Mi cabeza se caía de un lado al otro. Luego de algunas gentilezas y halagos, me llevó a su cama. Caí, agotada, sobre un tibio acolchado. Ignoro cuánto dormí. Al abrir los ojos, él estaba junto a mí. Me miraba. Intenté ponerme de pie, pero no pude. Lo miré como si hubiera caído en una emboscada, él sonreía tierno. Ante mi frialdad, fue perdiendo su galanteo, su trato gentil, su generosidad. Hervía de deseo. La cama era una hoguera de su parte y un bloque de hielo de la mía. Entonces le dije, articulando mi voz pastosa: “Usted es un adolescente viejo, tiene granos en su cara lampiña y boca de ovejita. De todos modos, soy una mujer atenta y lo voy a tratar bien. Me educaron así”. Creo que mis palabras zumbaban en su cabeza como abejas. De a poco, se empezó a tocar hasta tener una erección, que la sábana delataba. Le dije con firmeza: “Siga así, posaré mi dedo índice derecho sobre su brazo izquierdo”. Mi dedo iluminado en la punta como el dedo de E.T., el extraterrestre, lo mantenía a distancia. Agregué, fríamente: “Su fiebre subirá. Usted siga galopando y no suelte las riendas”. Le costaba llegar y buscó mi cuerpo; mi dedo presionó con fuerza. “No importa –le dije, en forma pausada–, siga, y derrámese de su lado. No vaya a ensuciarme, se lo ruego, señor”. Se estaba iniciando como si fuera un jovencito. Antes del clímax, le grité: “Jefe baboso, lascivo, aquí me tiene aún, siga”. El éxtasis fue cosa de él. Yo me hice la sorda a sus convulsiones, si es que las hubo. Lo que vino después, no importa. Hasta podría considerarse un final feliz.

Salí a la calle. Seguía oscuro. Corrí, casi volé, en dirección a la luz del amanecer.

Una vez a salvo, palpé mi cuerpo con las manos desde mi cabeza

a mis pies, la garganta, los senos, el estómago, la espalda, las nalgas, los tobillos, asegurándome que no me faltaba nada. Hubiera deseado penetrarme a mí misma, cerciorarme por dentro de que mi territorio estaba intacto.

UN HOMBRE DE CAMPO

Él había avanzado, mejoró su vivienda campestre, tan próxima al barro; polvoriento y húmeda, según las lluvias o la sequedad. Estuvimos muy cerca algunos años. Me había alejado de él porque pertenecía a la tierra, al campo, al neblinoso y despojado cielo del mundo rural. Y eso no se disimula en el trato, en los modales. Es un mundo otro, y aún más en la pobreza. Abrazar a un hombre así es un oprobio, a pesar de su inteligencia, sus saberes y su talento. No le importaba ser un lumpen –así se definía– o, en el mejor de los casos, decía ser un extranjero en el mundo; esto ya jerarquiza, suena distinto al oído. Él se sabía diferente.

El otro día, por azar, llegué a su vivienda. Me invitó a conocerla: tenía sillones, mesas, un aparato para escuchar música. Y en distintos niveles, otras habitaciones donde estarían sus hijos o su esposa, se escuchaban voces y ruidos. Reconocí la voz alfarera de su esposa; no quería verla, porque no me tenía simpatía. A veces las mujeres exaltan los celos con su marido, demasiado devaluado este en años de avatares domésticos; como si eso le devolviera aquella virilidad con la que solemos ungir a los hombres. Me alegré de que su precaria vivienda de otros años hubiera ganado al terreno lugares habitables, muebles y confort. Parecía un poco menos agreste, pero un leve polvillo trepaba por el aire y la música de Miles Davis. Salí de allí, saludando a todos con la mano. Cuando él me besaba, hace mucho tiempo, se me pegaba al paladar un gusto a lentejas negras recién hervidas y algo como un abismo entre su pulcritud y la mía. No pude prever su falta de destreza al hacer el amor, ni su aguijón venenoso enquistándose en mi cerebro, cuando comprendió.

RELACIONES PELIGROSAS

Mis sentimientos eran excesivos, desesperados. Giraba en torno suyo, como la luna alrededor de la tierra. Yo la amaba, en tanto que ella jugaba al amor. ¿Jugaba al amor? ¿Amaba? ¿O jugaba, simplemente?

Jugaba como un gato con los ratones: te persigo, te encanto, te atrapo, te suelto. Era su pasatiempo preferido, aunque tardé en darme cuenta. Adoraba sus ojos verdes; oscuras esmeraldas con vetas amarillas. Su andar refinado, aristocrático, era mi delirio. Ella me perseguía, me contorneaba con sus figuras elegantes. Yo huía a mis huecos y reaparecía por cavidades inesperadas, corriendo sin cesar. Finalmente, me atrapaba: me erizaba con sus uñas punzantes, me sostenía, me acariciaba... y de golpe, después de saborear mi superficie, maldita gata anoréxica, me dejaba sin sus caricias, desquiciado.

Eran los comienzos de una relación fogosa. Si con el paso del tiempo mis expectativas se fueron agotando, no así mi pasión: me obsesionaba. Cuántas veces me sujetaba con su boca y mi cuerpo tiritaba de amor en un balanceo casi estático. Me hubiera gustado que me acunase con dulzura y me llevase hacia el final, que llegáramos juntos. La secreta esperanza de que tarde o temprano nos daríamos el uno al otro por completo, mantenía vivas mis ilusiones. Por qué no habríamos de gozar.

Era como si solo el juego alimentara su cuerpo, hermoso, sensual, felino. La vi hacer lo mismo con otros. Sentí celos, aunque conmigo se deleitaba de un modo especial. Tal vez porque yo no renunciaba. Ella apreciaba el vértigo de la pasión, el juego, aunque no se decidía a rematarlo. Yo soy de los que piensan que si las cosas llegaron a este punto deberían tener una coronación. Ella no. Quizá porque vivía entre almohadones, comía delicias, la acariciaban. Todos satisfacían sus caprichos.

No recuerdo en qué momento dejó de lado los manjares, los almohadones mullidos. Se escabullía de los mimos, casi no comía. Su cuerpo comenzó a ponerse descarnado, macilento, feo. Solo nuestras perse-

cuciones la atraían. Sentí pena por ella. Cómo podía ser que desechase su espléndida vida por el simple capricho de jugar.

También yo, sin darme cuenta, adelgacé. Mi piel se puso áspera y los espejos reflejaron mi aspecto deslucido. Ya sin fuerza, seguía su oscuro andar. Desvalidos como muñecos de trapo nos trezábamos y caíamos. Desapareció el acecho. El brillo de sus ojos se fue apagando, toda ella oscureció. La extinción se consumaba a fuego bajo. Lentos, vertiginosos, colmados de nada, vacíos, juntos.

RAQUEL CESTOPAL

No podía aprender las cuentas de dividir. Es muy difícil para tercer grado. Si no entendés, no entendés. Tampoco quería que me pongan una mala nota por culpa de las malditas cuentas. Justo ese año mamá estaba irritable, trabajaba mucho. Nunca tuvo paciencia para enseñarme las cosas de la escuela y menos ahora, cuando llevaba las estadísticas de todas las salas del Hospital Álvarez y traía el trabajo a casa.

Raquel Cestopal era un bocho, tenía anteojos y no le costaba dividir. En la prueba traté de copiarme de ella, éramos compañeras de banco, pero no pude hacerlo bien. Es muy difícil copiarse las cuentas.

Traté de poner los números que ella escribía, en las mismas líneas; nos había tocado el mismo tema, pero fue imposible, no lo hice bien. Como ella resolvió muy rápido los ejercicios y entregó la prueba, me quedé en banda. Mamá tuvo un gran disgusto cuando la llamaron para advertirle mi dificultad con las cuentas, el aplazo. Si Raquel no hubiera sido tan rápida en entregar la prueba, o mala compañera, porque eso pensé, no le hubiera causado aquel disgusto a mamá.

UNA BUENA COLOCACIÓN

Acudo con mi bebita al galpón donde está trabajando mi hermana. Entro por primera vez, el lugar me sorprende, es monótono, aburrido.

Se ve gente transportando papeles, ordenando ficheros o sentados en hileras de escritorios, donde se acumulan carpetas, máquinas de escribir, lapiceras, sellos, cortapapeles. Hacen ocho horas seguidas tareas de oficina, nueve, con almuerzo y merienda. El galpón es absolutamente cerrado. Iluminado solo por luz artificial y no la suficiente. Resulta sombrío y, en consecuencia, muy triste.

Dejo la bebita en brazos de mamá, para recorrer el lugar. Un gran desconsuelo me invade el ánimo.

Una joven, con guardapolvo cuadriculado, menudo y sonriente, se presenta, pregunta cómo se llama mi niñita. No puedo recordar su nombre, me sonrojo, es incomprensible que una madre no recuerde el nombre de su hija. La joven ya no se ríe. Entonces, lo recuerdo. Ernestina, digo, y me disculpo.

Me informa que, cuando comience a trabajar, tendré que dejar a mi bebita Ernestina en la guardería del establecimiento y que la cuidará personal especializado. En cuanto a mí, trabajaré dos horas menos, por maternidad, y se me permitirá darle el pecho cada tres horas. Cuántos beneficios: no perderé contacto con la beba y en algunas horas estaré de regreso en casa. Mi estadía allí será soportable, gracias a la reducción horaria.

Pienso en mi hermana y en su larga jornada en ese lugar, ajena al sol y a la lluvia, sentada frente a su escritorio o transportando papeles. Eso sí, tiene una hora de gimnasia, tres veces por semana. Se me permite presenciar una clase: mi hermana lo hace muy bien. Se trata de una especie de lucha al estilo japonés. Usan la voz, gritan o expresan palabras crispadas de exaltación o coraje. La luz del cuadrado donde transcurre la clase es amarillo-verdosa. Todos, incluso mi hermana, parecen, bajo ese efecto, de raza oriental. Me espantan, aunque ese momento de expansión

es muy valorado. Mi hermana es luchadora de taekwondo o algo así. Le servirá como defensa personal, es una buena enseñanza: la ciudad es violenta, y las mujeres llevamos las de perder.

Mamá me espera afuera, en un recinto cerrado. Me siento frente a ella y hago mi descarga. Mamá, le dije, observé todo, aquí hay un régimen carcelario. Yo podré irme en algunos años, pero ella no. Condenaste a mi hermana, tu hija, a este trabajo en un lugar tan sombrío, tantas horas. ¿Te das cuenta de que está prisionera? ¡Desgastará su vida en ir y venir aquí, por un sueldo que nunca compensará este régimen de destacamento! ¡¿Te das cuenta, mamá?!”, la interrogué gritando.

Ella tenía que ganarse la vida de algún modo, dice mi madre con austeridad. Fue el empleo que pude conseguirle; lo mismo para vos. Aunque, en tu caso, es solo por algunos años. Hasta que tu marido se encauce en su profesión.

Miré con enojo a mamá, con dureza. Me vino en imágenes el continuo reverdecer de la vida, las diáfanas primaveras y los benignos otoños, el sol de enero en la playa. Pero qué tendrá que ver esto con el razonable criterio de una madre.

DOS GOTAS DE AGUA

Nosotras somos gemelas, con la diferencia propia de dos gotas de agua. Imagínense si conoceré su rostro, lo sé de memoria. También su cuerpo, su forma de andar, su timidez y sus palabras necesarias. Las conozco más que a mi sombra.

Aquel día fui a su casa, nos besamos, era ella, aunque era otra su imagen, su peinado, su altura y su voz. Sentí horror, le grité erizada: “No sos vos, hermana, qué te pasó”; le rogaba, le exigía, que volviera a ser ella, que reflejara lo que siempre fue, que no distorsionara lo que es. Ella me habló de esa antigua enfermedad tratada en el Hospital Álvarez con hisopos y rayos Alfon. El médico le dijo que dado el tiempo transcurrido y la forma repentina en que se manifestó, ahora tenía que esperar un mes para hacer un diagnóstico. Debe ser una fase del tratamiento, alegó mi hermana, herida por mi reacción. Mamá estaba en la cocina preparando café, algo crispada por mi obstinación, aunque no dijo palabra. Yo siempre fui caprichosa y me negaba a verla así. Con ira y al borde de las lágrimas le mostraba su foto y la mía, le ordenaba que volviera al hospital y exigiera que le restituyan su verdadera imagen, su esencia, la que nos fue dada a ambas por naturaleza. Ella no parecía tan preocupada como yo, pero le inspiró miedo mi reacción y sintió culpa.

Recuerdo su cara avergonzada, pidiéndome perdón, y mi porte autoritario. Nuestra madre no prestaba oídos a mi desesperación, siempre a favor de ella. Yo me debatía sola, cercada por el muro de la incompreensión. Mi congoja, superficial para ellas, me arrojaba al precipicio interior de los déspotas, de los tiranos, a los que corroe por dentro la orfandad del mundo.

BOLETO PARA PASEAR

*Creo que voy a entristecerme /será hoy mismo.
La chica que me encanta /se está yendo.
Los Beatles, Ticket to raid, Lennon–Mc Cartney.*

Ese día no nos despedimos, me fui antes. Él sabía que me gustaba presenciar las clases de filosofía. Eran de ocho a diez de la noche. El aula magna de Filosofía y Letras estaba repleta. Las clases del profesor Carpio eran muy buenas, y al escucharlo, las memorizaba. Él me decía que no fuera, que las grababa Tekné, pero no era lo mismo. Yo tomaba apuntes y eso me resultaba útil. Después sí, las compraba en el Kiosco para leerlas. Media hora antes de terminar la clase, se escucharon ruidos y voces enérgicas: entró la cana con bastones y gases lacrimógenos. Nos desbandamos. La seccional de policía estaba en la calle Urquiza, muy cerca de la puerta de salida de la Facultad. Por allí no podíamos volver; la emboscada perfecta. ¡La facu tomada por la policía! En medio del griterío, las protestas, las toses, el humo, los ojos enrojecidos, buscábamos por dónde rajar. Llegué a escuchar que habían arrasado el Kiosco de Tekné. Rompieron libros y se llevaron otros, destruyeron las clases grabadas y hasta golpearon las máquinas. Decían que habían hecho más desastres, pero no había que detenerse allí. Algunos se metían en los baños. Cuando me vio la intención de hacerlo, Saúl, me dijo: “Salí por Independencia, no te metas en las laterales, caminá por la avenida”. Me ardían los ojos. Vi que otros compañeros ya estaban en el suelo, les pedían documentos, los golpeaban. Una vez en la calle, anduve sin mirar atrás. Cuando vi los Falcon, un escalofrío me corrió por dentro. Se detuvo un colectivo justo en una esquina. Subí. Desconocía el recorrido, saqué un boleto sin saber hacia dónde, como para ir de paseo. Durante el recorrido, no reconocí ninguna plaza, ninguna calle, no sabía por qué barrio circulábamos. Me pareció que me estaba alejando demasiado. Tuve miedo. Se detuvo en una

barrera, vi un taxi parado, bajé y lo tomé. Le indiqué la dirección de mi casa. Al llegar, me desplomé. La vida continuaba del mismo modo al día siguiente, nombres, búsquedas, incertidumbre. La estrategia a veces se improvisa, pensé ese día, y mucho después, en circunstancias impensables. A Saúl no lo he vuelto a ver, aunque años más tarde supe de él. En la ciudad surgieron ojos invisibles de las paredes, los árboles, los cruces, los techos, los cuadernos. Buscaban extirpar el mal desde la raíz, de una vez y para siempre.

Hoy llevamos cuarenta décadas de pañuelos blancos, marchas que florecen otra vez, los dientes apretados, los puentes de la memoria, huellas que recorren las heridas, viejas fotos, la sal del llanto, la pasión de vivir.

ARAÑA

Desplazaba mis pies sobre un ángulo iluminado del escenario, realizaba movimientos ondulantes de torso y brazos, mis formas realizadas por una malla apretada de jersey negro. Tejía una tela cada vez más tupida; envolvía y capturaba, tal como una araña lo que el aire trae. Cuando se encendieron las luces, estallaron los aplausos. De la quinta fila sentí una mirada fija y obstinada que me tocaba la piel. Distinguí a un muchacho alto, joven, de pelo negro. Sus ojos castaños, clavados en mi cuerpo. La chica que estaba con él lo tironeó, como si tuviera urgencia por salir del teatro. Desde el escenario lo vi. Me felicitaban, yo saludaba, hasta que la sala quedó a oscuras.

Pasado un tiempo me encontré con él, por la calle, se dio a conocer, era simpático. Volvimos a encontrarnos, me propuso que nos viéramos. Así fue, en forma secreta, nos ocultamos en los suburbios. Tengo novia, dijo él, justificando. Yo lo acaricié y lo dejé hacer, todo sucedió dentro de un silencio apretado y húmedo. Él proponía las horas, los lugares, entre caminos tupidos y casas abandonadas, cubiertos por las sombras de la noche o los rayos del mediodía. Se rumoreaba que su novia me odiaba y la gente me condenaba. Percibí algo extraño en los gestos, en la forma de mirarme de algunos. Me dio rabia, acaso creían que yo lo había capturado aquella noche en el tejido invisible y sagrado. Se lo conté a mi madre. Ella, angustiada, viajó lo antes que pudo. Llegó alarmada, gritó y me ofendió, habló de la mujer y su recato, de la conciencia, de la dignidad. Lloré. Me tapé los oídos y los ojos, rogué a mamá que me perdonara, aunque en el fondo no sentía culpa. Mamá me leyó el pensamiento, lo sé, sacó de su bolso una tijera afilada y cortó los hilos. Todos. Sobre el suelo observé hilachas grises, pequeñas arañitas, moscas, panaderos, pupilas multicolores. La pisé, la pateé, arrojé esa maraña fuera de casa. Nunca entenderás este mundo y sus costumbres, dijo mi madre.

No quedó nada, mamá, no quedó nada, dije, y lloré hasta quedar exhausta. Mi madre, entonces, me abrió la cama, acomodó mi cabeza

sobre la almohada y acarició mi pelo con sus dedos, largos, delicados, minuciosos.

UN ESPOSO PARA TODA LA VIDA

A mi madre, in memoriam.

Yo quería casarme, que un hombre fuera mío, que me amara siempre. Aunque no sabía qué haría con él, tantas mañanas, veranos, cenas, cama compartida, hijos. Cuando juramos ante Dios amarnos eternamente, como nuestros padres, nuestros abuelos y demás ancestros lo hicieron, me estremecí. No sé si con resignación o alegría, no sé si por el contrasentido entre hábito y resplandor. Tal vez por temor a un castigo aquí o en el más allá. La vida tejió día tras día su red de pájaros y anfibios, de hijos y semillas, de lunas y galpones, de delirio y buena voluntad. Cuántas veces arrinconé la locura tras el armario y la ira en los puños. Cuántas veces se escaparon de mi garganta ondas malignas corriendo por la casa, blasfemando, maldiciendo. Lo eterno se partió en dos y luego cada mitad en dos, esas dos, en dos cada una. Y así sucesivamente, añicos.

La culpa se clava en el pecho y crece en el alma. Así y todo, he vivido en estado de gracia, si no un rayo me hubiera partido el corazón. Tuve amantes secretos, deseos prohibidos y lo que es peor, prepotencia y caprichos. Oculté y fui veraz, humillé y fui humillada. De pronto caía como muerta ante el cristal de las horas o bendecía el sueño de todos y rezaba por ellos como una niña arrepentida. Los colibríes se entrecruzaban en la rosa china de mi patio, la compasión y la venganza traspasaban mi alma, prisionera de una ley de jaulas y costumbres decrepitas. Aunque el cupido del amor clavó su flecha a mi costado, invento Crímenes que el viento arrancó de mi mano

JUNTO A LA HORNALLA

Junto a la hornalla, mamá revolvía una olla que despedía olor a higos. Antes de que terminara el verano, con mis hermanas recogíamos higos y ella hacía dulce, que envasaba en frascos de vidrio. Cada una con su cuchara probaba antes el sabor, la textura. Luego le poníamos un gracioso gorro de tela cuadriculada a la tapa, con cinta y moño alrededor. Los ordenábamos en la alacena, etiquetados con fecha de envase, mientras charlábamos y reíamos. Me hechizaba ese rito que se repetía desde la niñez, en el lugar más cálido de la casa. Aquel día me sorprendieron las canas de mamá, se notaban mucho. Con enojo mal disimulado, le dije que la señora de la cuarta casa de la Calle de los Sauces hacía tinturas de colores; castaños, rojos, dorados. “Por qué te enojás”, me dijo. “Me gusta esta lluvia de cenizas en mi pelo; es perfecta para el tiempo de embotellar mermelada”, agregó. Y se dibujó en su cara una sonrisa plácida. Esa placidez condescendiente, agradecida de ver llegar a término algo que tuvo sentido. Me detuve en ella, estaba orgullosa, altiva, como si un dios justo adecuara las tareas de la casa a su aspecto. Más aún, como si tuviera el privilegio de adecuar su aspecto a las escenas cotidianas. Como si la vejez pudiera complacerla. “Mis hermanas no lo veían, acaso solo a mí me estremecía”, pensé.

Aquella noche no pude dormir, el dulce de higo y las canas de mamá me agitaban. Mi pecho oprimía augurios, fatalidades. Fui a su cuarto, la puerta estaba entornada, papá dormía. Ella frente a la ventana se miraba en un espejo de mano: sus cabellos reflejados por la luna brillaban como antes, igual que antes. Algo que venía de mi abuela, mi bisabuela y aún más lejos entró en combate conmigo, mientras mamá, en su justa tibieza, no se enojaba, no reclamaba, como si tuviera siempre un gorrión en el cuenco de su mano, algo por qué vivir.

El invierno siguiente, mamá preparaba el desayuno. Se la veía can-

sada, con ojeras, su belleza deslucida, aunque dispuesta a amparar o atrapar al más débil, como hacía con los pajaritos que comían de su mano. Papá nos reunió y nos dijo: “Vuestra madre ha envejecido, está cansada, deben ayudarla en las tareas de la casa, del jardín y acompañarla en sus paseos; ha trabajado mucho siempre”. Murmuré, creyendo no ser oída: “Mamá no envejeció, ella es amiga de la luna”. Al día siguiente, mi padre cerró la ventana del dormitorio y la cubrió con gruesas cortinas de cretona.

Tuve remordimiento de mi murmuración, pensé en sus cabellos cenicientos, en sus ojeras de hueso pálido, en el rayo de luna cercenado. Mis hermanas callaban. Con el pasar de los días, la cara de papá esbozó fatiga, pesadumbre. Ya no quería viajar, dejó sus andanzas, y le negó a ella sus cabellos dorados. Lo odié, quise que mamá se rebelara entera. Aunque nada podía hacer ante un destino forjado por el hábito.

Los gatos silvestres cantaban cuando me paseaba por los extramuros de la aldea. Los hombres me miraban pero no se atrevían. Volvía a la casa con el cuerpo febril, dolorido y húmedo. Me acostaba desnuda entre las sábanas frescas, me acariciaba, gemía. En poco tiempo papá se puso frágil como un niño grande; mamá, vieja, pequeña, como una ramita de invierno. Los cuidé. Hubiera deseado irme lejos. Mis hermanas lo hicieron. Tuvieron esposos, hijos, abrieron negocios. A menudo llegan cartas, fotos, algún obsequio. Algunas veces nos visitan. Yo sigo aquí, en la casa, como un pájaro que va quebrando sus alas en un aire que ya fue, asida a un olor a mermelada, a un silencio poblado de voces. Voces que flotan, rozan mi piel, agitan mi sueño. Voces que caen de mí como agua de lluvia y me mojan y se secan con el aire.

UN RELÁMPAGO DIVIDIÓ EL CIELO

Recién iniciado el año nuevo, la familia brindó. Los padres apenas rozaron las copas, los hijos también, y estas cayeron pulverizadas. La lechuza ululó y comenzaron los fuegos de artificio. Centelleaban en el cielo astros pálidos, las estrellas parecían de papel, la luna estaba hueca, plena y hueca. La mesa lucía espléndida: fruta seca, nueces, avellanas, almendras, turrónes. La madre y las hijas iban y venían con las fuentes. Los hijos y el padre hablaban, fumaban, elegían la champaña. Las novias y los novios entraban y salían del jardín a la casa, sonreían. Súbitamente, se cortó la luz y un relámpago dividió al cielo con su claridad. Todos quedaron quietos, mudos, como si un gran susto los hubiera recorrido. Las sombras se adueñaron del jardín y entonces sucedió. Los padres discutieron los años transcurridos. Se acusaban. Él a ella, de esconder los amantes en abrigos del invierno. Ella lo negó, se dirigió al armario y sacudió las frazadas; dos hombrecitos pequeños salieron corriendo y se internaron en las sombras. Algunos los vieron. Luego, ella sacó del escritorio de él fotos de mujeres que aún se movían lúbricas en el cuarto oscuro, sin las precauciones del revelado. Después de los reproches y los gritos, la madre quedó atribulada dentro de sí. El padre miraba hacia el exterior, como si no fuera momento de pensar, sino de partir. Los hijos armaron el equipaje, no querían quedarse. Todo estallaría de un momento a otro. Los padres se miraban con odio y con amor, con reproche y piedad, como si lava hirviente y agua fresca cayeran sobre el tiempo que fue. El rencor de un latido les rozó la piel. No se hablaron más, no se tocaron más. Cada hermano tomó un rumbo, el que pudo, el que soñó. El padre deambuló perdido. Miraba a las mujeres con avidez, a los hombres con desafío, dormía a la intemperie, buscándose, buscando. Algunos dicen que murió de frío una noche de invierno. Otros, que ingresó en la Cofradía del Sol Naciente, para labrar la tierra, ayudar a los indigentes y entregarse por la tarde a la oración. A la madre le nacieron alas de alondra, de gaviota, de águila. Voló por muchos cielos, voló alto; se perdió

de las miradas incesantes de los vecinos. Ya no supimos de ella. Cuando salieron de la casa, esta se derrumbó hacia su centro, pero nadie giró para verlo, todos tenían prisa. Al cabo de unos pasos, las lágrimas en los ojos que ya no miraron hacia atrás. Pasaron los años y quedaron las ruinas. Las ruinas y el silencio.

EL MALEFICIO

“Sra. Graciela, quiero hablar con usted, tengo algo que decirle”. Así se presentó en mi casa Darío Roldán, un empleado del lavadero de autos, a quien había tratado en un momento difícil de su vida.

Me sorprendió su rostro desencajado. Lo recibí en mi escritorio, me dispuse a escucharlo, le pedí que se sentara. Se disculpó y se ruborizó al hacerlo. Transpiraba, le costaba hablar. Por fin, articuló: “Mire, esto se lo digo a usted porque la aprecio, me ayudó mucho cuando se enfermó mi esposa y siempre ha sido muy amable conmigo. Es por el aprecio que le tengo que estoy aquí”. Titubeaba, se trababa con las palabras, me ruboricé. “Bien, qué tiene que decirme”, pregunté.

“Al tiempo de quedarme viudo, conocí a una mujer, muy buena. Vivo con ella. Se dedica a tirar las cartas, cura el empacho, el mal de ojo, adivina la suerte y, por encargo, también hace trabajos, maleficios o sanaciones”.

“Resumiendo”, le dije, y continuó: “Usted se ve con un hombre casado desde hace un tiempo, un hombre culto, creo que es un profesor”, titubeó. “Y bien, qué más, soy divorciada”, repliqué con fastidio. “A mí no me importa eso, pero como usted es muy buena y tiene hijos, quería que sepa”. “¿Que sepa qué?”, pregunté, alterada. “Que sepa que la esposa de su..., de él, se llegó a mi casa, pasando la vía, y...y...y esto es lo que harán, van a clavar alfileres a una muñeca, encender velas, van a hacerle un daño. Yo no sé si usted cree o no en esas cosas”, agregó.

“No”, acoté.

“Ella llegó en un remise, pagó caro, porque mi señora es de las que cobran bastante, me lo contó porque recordó que le había hablado de usted, de la ayuda que me brindó cuando la pobre Cecilia estaba tan grave, que en paz descanse. Le dije que usted me conseguía los medicamentos y traía ropa para mis hijos, en aquellos tiempos. Le supliqué que no lo hiciera, y mi señora dijo: la mujer lo paga bien, es mi trabajo”.

“No se preocupe, no creo en esas cosas”, concreté, tomando dis-

tancia, y, con educación, me lo saqué de encima. Pero al quedar sola un escalofrío me recorrió el cuerpo, estaba acongojada.

No era la primera vez que salía con un hombre casado. Antes de casarme y, ahora, después del divorcio, jamás había pensado en sus esposas. Suponía que si me hablaban de amor era porque sus matrimonios estaban muertos o gastados, que se aburrían juntos y buscaban otra ilusión, un motivo de alegría. Pero mi relación con Alan había comenzado hacía un año, por azar; ambos sentimos un flechazo. Su mirada, sus besos, la forma delicada en que propuso que nos viéramos, no pensé entonces en su estado civil. Me dijo que se sentía solo y que mi compañía era el aire que podía respirar. Yo lo recibía en mi domicilio, pocas veces nos mostrábamos juntos. Él prefería que nos viéramos en casa o que lo acompañara a algún viaje de trabajo. Cuando hablaba de su esposa, decía “mi mujer” en un tono distante, y de sus hijos, que ya estaban grandes, refería muy pocas cosas. Además, no habíamos pensado vivir juntos. Yo vivía con mis hijos, y no tenía intenciones de cambiar.

Alan llegó tarde aquel día. Después de un café, saqué el tema. Le dije: “Un hombre que me aprecia, me contó que voy a ser víctima de una brujería por nuestra relación, a pedido de tu esposa. ¿Acaso no te diste cuenta de que estaba celosa, por qué no me lo dijiste?”. Se puso pálido, se alejó, tenía cara de efigie. Balbuceó: “No puedo creer que sea tan ignorante, hacerme esto a mí, un intelectual, un profesor”. “A vos no, es a mí a quien quiere dañar”, dije con bronca. “Esta noche clavan agujas en el corazón de una muñeca invocando mi destrucción y vos te sentís herido”, clamé con furia. Él replicó: “Son pavadas, olvidalo, no sé cómo mi mujer puede caer en eso; no discutamos”. “Estará celosa, trastornada, al tanto de nuestras relaciones, tal vez te ame todavía”, insistí. “Eso no la justifica”, sentenció.

Luego, con más calma, me besó suave, tomándome de la cintura; demorado en mis labios, buscó mi sexo. Me desprendí de él. Sirvió unos tragos, trató de animarme. Reclamó con sus caricias, susurros dulces, leves forcejeos. Cedí.

Cuando se fue, me sentí rota. No por el maleficio, sino por haber cedido. Se despidió como siempre, sin percibir mi fragilidad, mi necesidad de consuelo. Al poco tiempo nuestra relación se deshizo. Sé que no fue por el rito, aunque cada vez que me cruzo con Roldán se pone colorado o evade el saludo, como si con el trabajo de su mujer hubiera obrado el mal del que me liberó.

SÍSIFO

Hay que intentar vivir.
Paul Valéry

Ya sea que me despierten los rayos del sol o la niebla del alba, ella está allí en el borde sombrío de la montaña. Está allí: dura, ríspida, oscura. Piedra. La arrastro con toda la fuerza de la que soy capaz, y para impulsar mi esfuerzo en el ascenso, la voy nombrando según la luz: piedra del alba, del amanecer, piedra de la tarde, de la lluvia, piedra del último rayo de sol, de sangre, piedra luna. Piedra.

Cuando la sentencia era reciente, intenté remontarla por distintos senderos. Primero lo hice por el que me parecía más directo, luego por el de mayor vegetación, después elegí aquel en el que algún arroyo, al descender, dejara sentir el murmullo del agua. Alterné unos y otros como si pudiera hallar una suerte de alivio al recorrer paisajes apenas diferentes. Estas variaciones dejaron de interesarme poco a poco. Ahora voy por el mismo camino, siempre, el más escarpado y riesgoso; donde el precipicio se abre sórdido y espléndido. Una vez instalada en la cima, cuando solo me resta descender, miro la luna a la cara. Tal vez un consuelo, un sentimiento de lo bello o la imposible complicidad con los astros. Mi descenso es aliviado sin su peso, la veo deslizarse hacia la base de la montaña, el ruido dejó de estremecerme. La piedra se precipitó, mi mente estallaba.

El tiempo de las plegarias terminó, como también el de las blasfemias. Cumplí mi destino como un ciego, como un poseso. Ahora he sentido como una ráfaga el deseo de vivir. La noción del tiempo se ha evaporado. Las lluvias, el viento, las nubes mudan sus formas vanas.

Aquella mañana me levanté con bríos, el sol brillaba en lo alto, no había cerrazón, la niebla era un cuerpo etéreo. Con el repetido esfuerzo del ascenso, instalé la piedra en la cima de la montaña. Sin pensamientos me abracé a ella, la nombré en silencio, la maldije una y mil veces. La besé.

Oscilé adherido a sus bordes, rodé con ella, libre, en contra del capricho de los dioses.

LA BODA

Nadie está, aunque parezca estar, en el mundo.
Juan José Saer, El arte de narrar.

Teníamos treinta años de casados cuando mi esposo quiso festejar como una celebración magnánima, una segunda ceremonia de nuestra boda. Deseaba compartirla con el pueblo que lo había visto crecer como ciudadano, abogado y político, y que había seguido de cerca sus éxitos y fracasos. Él consideraba que era una forma de retribución en vida a la comunidad que lo había ensalzado, estimulado, y también, por qué no decirlo, vapuleado y manipulado más de una vez. Era un gesto magno y urbano. A él le gustaban esos gestos, con todo lo que tenían de parodia. Yo acepté, le dije que sí. Después pensé que no era una buena idea en épocas en que la crisis y las facciones partidarias no respetaban lealtad alguna, ni consideraban su digna trayectoria. Acepté para darle el gusto, como una esposa gratificante. En ese tiempo yo estaba demasiado ocupada con un tema que no me permitía elucubrar el pro y el contra de una gran fiesta, remake de nuestra boda treinta años atrás. A decir verdad, esta forma de sumirme en mis obsesiones ha sido una constante en mí, digo que sí o que no con la mayor espontaneidad, sin pensarlo casi y, muchas veces, quedo atrapada de golpe en situaciones que no siempre me resultan agradables. Algunas han llegado a angustiarme en forma extrema. “Esto te ocurre por negligencia”, me recrimina a menudo mi esposo. “Por qué no pensás antes de contestar”, dice. Verdaderamente, carezco de justificativo. En realidad, cierta gente me asalta con propuestas, en apariencia interesantes, en el momento menos indicado, cuando mi mente está muy ocupada en temas de los que no puedo desasirme así nomás. Temas devorantes que me impiden pensar en otra cosa. Así fue como acepté vivir en Diamante, esta ciudad del norte de la provincia, alejándome de mi hogar natal, de mis hermanos y de mis afectos de la infancia. Así fue

como compré esta casa, demasiado grande hoy para mis fuerzas, y otras pequeñas y grandes cosas que fueron signando mi vida. Para bien y para mal. Cuando le reprocho esto a mi esposo, él asevera: “Pero vos estuviste de acuerdo, fuiste la primera en aprobar mi proyecto”. Y tiene razón. Tiene toda la razón. Le contesto, en defensa: “Es que me tomabas de sorpresa, y en el momento de definirme, estaba sumida en otros pensamientos”. Intento hacerle comprender que hay situaciones en que mi mente es un ruido o un gran silencio que me hunde en profunda actividad interior, tal vez buscando un tipo de orden diferente al que las circunstancias me imponen. Entonces, me responde, y no sin razón: “Por favor, no inventes excusas, mejor pensá antes de contestar”. Me defiende diciéndole que él no debería distraerme cuando estoy ensimismada en mis asuntos. Con sarcasmo, me incita a usar mi lóbulo izquierdo. “Razoná, pensá antes de decidir”, concluye con fastidio. Ahí sí, mi lengua se suelta. Estallo en una ola de recriminaciones, que incluyen desde los episodios más nimios y remotos hasta los más recientes y desmesurados. Estos estallidos derivan, como es previsible, en reyertas conyugales de alto voltaje, y luego, en reconciliación. A fuerza de golpes y de a poco, he ido cambiando. Ahora sé cómo abstraerme de la maraña de ideas que me domina y analizar las preguntas o propuestas que de improviso se interponen a mi obsesión. Aunque hasta por ahí nomás. Pero aquel día, caí. Hacía mucho que no me pasaba, y dije que sí: accedí a casarme por segunda vez, ante la concurrencia multitudinaria de los habitantes de Diamante.

Nos casaríamos junto a Telma y Hugo. Telma había quedado viuda hacía dos años. Mi esposo le propuso que hiciéramos los dos casamientos al mismo tiempo; ella era amiga de ambos. Era su segundo matrimonio y estaba encantada de festejarlo con bombos y platillos. Era algo original, zarpado, muy fuera de lo común, pero no hice reparos. Entraríamos por las inmensas gradas de la Sede Comunal del Círculo Ciudadano. El cura nos estaría esperando ante una mesa rectangular cubierta con una carpeta blanca almidonada y con puntillas, como la de los altares, para bendecir el matrimonio; sobre la que relumbrarían los anillos a bendecir. Aclaré que no podría ocuparme de los preparativos previos, era demasiado tra-

jín; aceptaron sin recelo hacerlo ellos. “Desentendete, nosotros nos ocupamos de todo”, me dijeron los tres. Hay que tener mucho ojo para los detalles. Solo acepté concurrir a dos pruebas con la modista para resolver el tema del vestido y la bijouterie. Telma y yo nos vestiríamos con la ropa de boda en la lujosa toilette de la Sede Comunal y allí nos maquillarían. Los novios nos esperarían en el hall, luego entraríamos a la pasarela del salón de actos acompañados por la marcha nupcial de Félix Mendelssohn. Mi marido y yo iríamos primero y ellos, tres pasos atrás. Siempre al mismo ritmo. Recordé que el primer marido de Telma también había sido muy alto, y a causa de una enfermedad se consumió poco a poco. Se lo veía andar por las calles de la ciudad cada día más delgado, se achicaba progresivamente. Medía más de un metro noventa cuando lo conocí y llegó en un lento y corrosivo proceso a achicarse de tal modo que impresionaba verlo. Yo seguí con apasionamiento ese lento proceso. Se desempeñaba como personal de vigilancia de un banco. Su puesto de trabajo era una cabina alta ubicada en un punto estratégico, elevada unos metros del suelo. Se parecía a un ascensor grande con varas metálicas gruesas y un vidrio blindado en el frente. Tenía escaleras a los dos costados. Un observatorio que abarcaba todo el edificio bancario y daba seguridad a los clientes. Mi observación comenzó no bien percibí en él cierta palidez y como una leve inclinación de la cabeza hacia el suelo. Desde ese día constaté, con fervorosa devoción, el paulatino declive de su cuerpo, el apagamiento de sus ojos, la acentuación lívida de sus rasgos. Entraba al Banco solo para verlo, lo saludaba con discreción y, algunas veces, conversábamos de la familia, el clima o la incertidumbre de los depósitos en dólares. Si estaba en su puesto de vigilancia, lo miraba. A veces el puesto parecía vacío. Habrá ido a almorzar o estará sentado descansando, me preguntaba. Él llevaba un arma porque era policía. Cuando empecé a seguirlo, parecía un gigante capturado. Yo fui registrando con avidez todos los cambios que veía, en mi mente primero, y luego en casa en un cuaderno. Fue una tarea ardua. Hubo semanas en las que aparentemente no había cambios, pero sí, los había. Mi cuaderno los registró exhaustivamente durante dos años. Hacia el final, cuando el proceso se aceleró, lo vi transfigurarse, cada vez más

pequeño, cada vez más cadavérico. Un día, no lo vi. Comprendí que había muerto. Pero no fue así, supe que pasó una semana recibiendo transfusiones y, al cabo de la misma, volvió a su puesto. Debí pedir una licencia médica, pensé, tan expuesto como estaba a las miradas de todos. Miradas compasivas, de susto, de rechazo, de miedo al contagio. Vi gente que evitaba saludarlo, daba vuelta la cabeza o miraba para otro lado. Algunos, por acto reflejo, se persignaban a escondidas. Qué sentido del deber, o tal vez creía que cumplía una misión ineludible. Pocas veces la vi a Telma, en esa época. Casi sin corporeidad, él se instalaba en su lugar de vigilancia con la muerte en los ojos. Ya no lo podía divisar, estaría allí pero no se lo veía. Un saco de huesos con su arma de policía a cuestas, quizá sin fuerza para dispararla. Quiero pensar que el banco habría previsto el tema de la seguridad con policías de civil u alarmas electrónicas; bien poco hubiera podido hacer un hombre en su estado. Al finalizar el año, ya no volvió. No necesitaba preguntar por qué. Me sentí rara. Tiempo más tarde, la encontré a Telma a la entrada de un teatro, hermosa y cuidada. Fue entonces cuando me confirmó lo que ya suponía, dijo que su esposo había padecido un mal invasivo que se fue extendiendo a todos sus órganos. Le di mi pésame, la besé, quedamos en tomar un café juntas. Murió sin saber que su proceso de acabamiento había sido objeto de un seguimiento minucioso de mi parte. Tampoco se lo comenté a Telma. Hubiera pensado que tenía algún sentimiento especial hacia su marido. Y no se trataba de eso. Era el extraño atractivo de ver a un hombre de dimensiones majestuosas reducirse a su mínima expresión en un lapso de tiempo que parecía no tener fin. Apreciar que la belleza tiene algo de imponente y efímero. Por supuesto cuando este tipo de ideas me capturaban, el trajín cotidiano, las compras, la familia, pasaban a un segundo plano. Actuaba maquinalmente. Decía que sí o que no, sin prestar mucha atención. Se me quemaban cacerolas, no tenía la ropa lista. Mis hijos y mi esposo me lo reprochaban. Claro que durante casi dos años, hice todos los trámites bancarios, pregunté por préstamos e hipotecas, por posibilidades de empleo, estaba al día con el cambio en moneda extranjera.

Mi familia estaba muy sorprendida, yo les decía que en esto sí era importante tener los pies sobre la tierra.

Volviendo al presente. Realicé junto a Telma las pruebas con la modista y la maquilladora, elegimos bijouterie, joyas, el ajuar completo. Fueron salidas gratas, en las que el entusiasmo de Telma casi llegó a contagiarme. Yo luciría una pollera ajustada y evasé, abrochada con presillas al costado, y un tajo que dejaba ver algo mi pierna derecha. La blusa era de un estilo muy romántico, de organdí y un finísimo shabot, prendida con idénticas presillas que la pollera. De modo que ambas prendas parecían una sola. Llegó el día de la boda. Me miré al espejo, dejé que me maquillaran y me pusieran las joyas. Telma me miró arrobada, como queriéndome decir: nos casamos nuevamente, qué felicidad. Ella dejaba traslucir cierta alegría pueril y creyó que ambas compartíamos el embeleso. Telma estaba muy bella con su vestido de seda largo y con cola, como una novia de primera vez. Yo me sentí muy sexy. Me dio cierto pudor atravesar la sala del brazo de mi marido, seguida a unos pasos, por Telma y Hugo, expuesta a la mirada de tanta gente, con los acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn interpretados por una orquesta de cuerpo presente. Para llegar al altar improvisado había que recorrer un amplio pasillo elevado del suelo. A los costados, estaba la gente sentada en gradas, comiendo y bebiendo, ya que la ceremonia prometía alargarse y el pueblo había concurrido desde horas tempranas, para tener una buena ubicación. A poco de subir las primeras gradas, comprobé que el lugar era sombrío. Estaba muy sucio. Vi con mis propios ojos, cucarachas y ratas deslizarse por los pisos de antigua madera. De los altos techos iluminados colgaban telas de arañas. La refracción de la luz era pobre. No obstante, con la respiración contenida, seguí mi marcha del brazo de mi esposo. Sentí deseos de preguntarle si había sido yo la encargada de ordenar que limpiaran y decoraran el salón. Mas, como temí que la Sede estaba así a causa de una negligencia de mi parte, me callé la boca. Nos ubicamos en torno a una mesa cerca del altar, junto a los testigos de la boda, esperando los padrinos. Antes de sentarme, comprobé que mi pollera se había deslizado y estaba en el suelo. Me senté y observé mis piernas, se las veía

firmes y levemente bronceadas. Eso me ayudó a sobrellevar el mal rato. Mi amiga y testigo de boda, me susurró, con tono de beata: “Se te cayó la pollera”. “Sí, pero mis piernas están lindas”, le contesté. En voz baja, me dijo: “No del todo, tenés un poco de gordura en las rodillas”. “Yo estoy conforme. Y no me critiques ahora que me voy a acobardar ante el público”, le respondí. Un grupo de mujeres me rodeó con gran destreza para que compusiera mi ropa. Comprobé que la blusa debía haber sido menos entallada, ya que se trataba de una novia de cierta edad. Pero los botones no podían correrse más de lugar. Me ajustaba. Me acomodaron la vestimenta del mejor modo posible. El lugar seguía sombrío, la gente concentrada en la comida. Yo le dije a mi amiga que me había gustado exhibir mis piernas desnudas. Ella me miró y se rió bajito, como perdonando mis extravagancias. Luego tuve unas ganas tremendas de recriminarle a mi esposo que me expusiera a esto. Otra vez sus amistades, el bullicio, la estridencia de la fiesta. Todo se asemejaba a la algarabía arrogante de los mitines. Esa sociabilidad impostada que toda la vida me costó soportar. Enmudecí porque lo vi joven, como cuando éramos novios. Lo vi delgado, desafiante, sin la mansedumbre que le agregaron los años. Otra vez había caído en las redes de sus gustos, a causa de mis distracciones. Yo, que había estado casi siempre en otro mundo. Pero él estaba allí, con aire digno, emprendedor, sin apariencia de fracaso. Ya a un paso del altar, apareció el pálido sacerdote, con el hábito negro y pesado. Bendijo los anillos y la unión eterna de cada pareja. Telma y Hugo lagrimeaban. Nosotros no, solo sumábamos otra unión eterna a la precedente. Al fin de la ceremonia, un clamor entusiasta brotó del pueblo y esparció un tufo de alcohol y hartazgo en la sala. Salimos casados, bendecidos. La concurrencia comía y bailaba con desmesura, ya sin mirarnos. Luego de cortar la inmensa torta y brindar, los allegados y familiares se demoraban en saludos afectuosos, nos deseaban dicha, fortuna y larga vida. Se hizo un claro y me escabullí. Salí sola de la Sede, me escapé. Tomé la calle lateral que lleva en forma ascendente a la Iglesia, hubiera entrado a rezar o a gritar, estaba confundida. Pero a pocos pasos de la entrada, tropecé con un caño oxidado que salpicaba agua turbia y cierta pestilencia. Una gran angustia

se apoderó de mí, como si de golpe hubiera sido amenazada por un arma de fuego. Me erguí y seguí caminando. La iglesia quedó atrás. La angustia persistía. Se expandía del pecho a la garganta, al estómago. Corrí con el cuerpo paralizado, rígido. Al vislumbrar la puerta de mi casa, reolví dentro del bolso y encontré la llave. Entré lo más rápido posible y me arrojé a la cama, la rigidez no me abandonada. Cerré los ojos, como para liberarme. Los objetos que habitualmente me rodeaban parecían recriminarme ahora la presencia, como si quisieran desalojarme. Tuve miedo. Las persianas no habían sido cerradas por completo y ya estaría por amanecer. Ver la luz del amanecer resulta un oscuro augurio después de una boda. Mi esposo no tardaría en llegar, alegre, chispeante, un poco entonado por los festejos. Seguramente querría abrazarme, incitarme con caricias, asirse a la ilusión de que tendríamos una segunda noche de bodas tan apasionada como la primera. Aunque se iba a encontrar con una piedra esta vez, me dije. Yo estaría dormida, inmóvil, no reaccionaría. Él terminaría insistiendo, como antes, como un niño caprichoso al que hay que complacer. Y yo, más calma, me prestaría para que acabe rápido y me deje tranquila. Llegó al orgasmo con lentitud, me dio las gracias tocándome las nalgas, se dio vuelta y se quedó dormido. Rabiosa, confusa y cansada recorrí la casa, vi fotos viejas, volví a mis cuadernos. Dejé correr agua de las canillas. Colgué el vestido en el placard. Creo que buscaba encontrar precipitadamente algo que me sacara de la boda.

INDICE

Tengo siete hijas.....	pág 5
Agatha Christie.....	pág 9
Después de la primera muerta no hay otra.....	pág 16
Gloria Salas.....	pág 19
Microplacer.....	pág 20
El octavo pasajero.....	pág 21
Las mil y una noche.....	pág 23
Un hombre de campo.....	pág 26
Relaciones peligrosas.....	pág 27
Raquel Estopal.....	pág 29
Una buena colocación.....	pág 30
Dos gotas de agua.....	pág 32
Boleto para pasear.....	pág 33
Araña.....	pág 35
Un esposo para toda la vida.....	pág 37
Junto a la hornalla.....	pág 38
Un relámpago dividió el cielo.....	pág 40
El maleficio.....	pág 42
Sísifo.....	pág 45
La Boda.....	pág 47

IMPRESO EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2021
POR LA EDITORIAL MUNICIPAL CHIVILCOY

(emch) *
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY